



**LA  
MALA VIDA  
EN EL 900**

Selección de textos

ANTONIO

**FERRAN**

BOLSILIBROS ARCA

pieri

***Barrios bajos, trata de blancas, Academias y primeros tangos, juego, alcohol, crímenes y fusilamientos públicos, componen el cuadro de la mala vida a fines del XIX a través del testimonio de los contemporáneos.***

## INTRODUCCION

*“Una mujer de la vida” es la fórmula eufemística española para designar a la prostituta. Porque respira mundanas pudibundeces, la denominación delata su origen burgués y al mismo tiempo la inconfesada y retenida codicia del mundo que circula más allá del cerco que establecen el orden, la propiedad, las conveniencias, y que es la vida. La prostituta está en la vida, en la calle, en el tumulto, en la aventura, en el desprecio y también en la realidad, mientras sus jueces se yerguen como envaradas figuras del salón, del poder, de la respetabilidad, del ceremonial y también del ilusionismo. Cuando lleguen a su delirio de autosuficiencia podrán decretar por boca del escritor francés: Vivre? Non! Les valets le feront pour nous. Porque los sirvientes, como las prostitutas, derivan igualados en el torrente de la vida, entreverados con el bajo pueblo; con los trabajadores y con los delincuentes; con los humillados y con los violentos.*

*La línea que separa la vida de la mala vida fue siempre muy confusa para esta concepción aristocrá-*

tica o burguesa o incluso —hay días— proletaria. Según ella todo síntoma de energía vital era el comienzo del desorden; toda resistencia a la brida iniciaba el riesgo; estrictamente, conducía a la ilegalidad: ese estado en que ya no es la ley la que traza el carril de hierro a que ajustarse sino la espontaneidad vital la que inventa los caminos.

Si tal confusión de campos no es aceptable, si en definitiva es posible encontrar la vida como efluencia constante de verdad, como venero creador y testimonio de una gracia —natural o divina—, deslindándola del territorio más específico de la mala vida, es porque ésta, paradójicamente, no es sino el reverso del orden burgués, la sombra que él arroja sobre el resto de la sociedad. De tal modo que mediante ella también puede reconstituirse la silueta del árbol que la produce, como intentara Brecht cuando se pone a reescribir la dieciochesca Opera de dos centavos.

El subsuelo implica el suelo y aun el cielo, no sólo porque éstos, de algún modo lo configuran, sino porque andan, muchas veces, entreverados. El reconocimiento, la forzada aceptación de ese magma vital en el cual nacen las flores del mal, viene imponiéndose gradualmente desde hace siglos. Puede medirse la distancia recorrida con el período que va de Racine a Génét dentro de una cultura tan disciplinadamente formal y burguesa como la de Francia. Pero el metro que una esos dos puntos medirá también la desintegración de los principios normativos que dieron cohesión al círculo de los jueces, invadidos de majismo y de inconstancia.

La mala vida montevideana adquiere su estilo propio, moderno, que la emparenta con la del presente, a partir de 1880, es decir cuando comienza el ciclo de ciudad soberana, cuando la absorción excluyente de las riquezas nacionales le abre promisorias perspectivas. Al mismo tiempo que echa a andar ha-

cia su "belle époque" va poniendo en funcionamiento la parte turbia y escondida de esa época brillante. Montevideo ascendía, con ayuda del reguero de inmigrantes, hacia los doscientos mil habitantes, pero ellos distribuidos caprichosamente desde el Cerro y los barrios populares del Cordón y la Aguada hasta el verdadero cogollito urbano de la vieja ciudad. Las dimensiones reducidas de la zona central imponían una curiosa suerte de convivencia a los elementos más disímiles y de ahí una nítida tendencia a establecer voluntariosamente escalas sociales y rígidos sistemas exclusivistas.

En diez cuadras a la redonda se podía encontrar la Confitería del Telégrafo, la Librería Barreiro y Ramos, la Catedral, la Casa de Gobierno, el Club Uruguay, los prostíbulos de la calle Santa Teresa, el Templo Inglés, el Café Moka, el Teatro Solís, las Cámaras y los principales hoteles. La convivencia resultaba en muchos casos obligada, pero si en algunos sitios se podían mantener las distancias (la ordenación en galerías del teatro Solís) o incluso imponer el exclusivismo (el Club Uruguay) había un punto secreto donde los inferiores eran dueños y donde los superiores concurrían: el Bajo. La zona prostibularia habitual de cualquier ciudad-puerto, proveyó en este caso a las necesidades de los ciudadanos naturales y no sólo a los marineros extranjeros. No hubo por muchos años otro centro donde el juego, la bebida, la prostitución, se complementaran de ese modo, estableciendo un punto de secreta confluencia para la sociedad montevideana.

La fecha central que utilizamos para nuestra recopilación de testimonios es el año 1895. No está elegida al azar. A través de diarios de la época, a través de la edición de folletos populares, parecería apuntarse a que fue entonces cuando, si bien no se inventó la mala vida, se la descubrió como una acti-

*vidad de considerable entidad, se la combatió de un punto de vista más moral que social y al mismo tiempo se comenzó a disfrutarla a través de la literatura costumbrista. La mala vida comienza entonces a adquirir carta de ciudadanía legal como se trasunta en las páginas de los narradores naturalistas, (Pérez Petit, Viana) y en la de los nuevos costumbristas mejor formados en la escuela del realismo.*

*A pesar de esta floración de textos hay temas sobre los cuales no abundan —o nuestra investigación fue infructuosa— los buenos textos. En esos casos recurrimos a los memorialistas, aun a sabiendas de las trampas que tiende la evocación. También usamos de testimonios anteriores y posteriores a esa fecha de 1895 en aquellos casos en que estimamos que reflejaban costumbres imperantes en los últimos años del XIX y comienzos del XX.*

*La imagen que se desprende de estos escritos nos resulta mucho más cercana de lo previsible: o la naturaleza humana es leal a sus instintos o la capacidad de invención de los hombres no es demasiado encomiable. Pero esa imagen viene vestida sabrosamente con ropas de otro tiempo y por ella se puebla nuestro presente de transeúntes que pasean por los mismos sitios como conciudadanos fantasmales. Eso es lo que buscamos, simplemente, con esta antología.*

**Antonio Ferrán**